

de la nación y bajo la dirección de los doctores Mabinveitia, Marañón y Sarriena, estos cursos de perfeccionamiento que más tarde le llevaron a ocupar cargos directivos en hospitales y dispensarios en todos los cuales dejó huella de su vasta conciencia profesional. Dentro del campo de su actividad médica, publica diferentes trabajos entre los que se cuentan «La enfermedad infecciosa en Bujalance», «Cuatro casos de tifoidea», «Nuevos focos de tifoidea recurrente en las zonas de La Cartuja y Fuentebaja» y «Inocuidad del alcohol en la adolescencia».

**Discurso de contestación al de Ingreso de
D. Antonio Marín Gómez en la Real Academia de
Córdoba.**

El ejercicio de su profesión le ha permitido a don Antonio Marín Gómez en su vida la ciudad le vive con irresistible fuerza; su historia le cautiva; sus hijos ilustres llaman poderosamente su atención y desde entonces se dedica a estudiar y a escribir sobre los aspectos del pasado y del presente de la ciudad madre de tantos ingenios que la enaltecieron y glorificaron.

Por Rafael AGUILAR PRIEGO (+)

El señor Marín Gómez por el cariño a Bujalance, dedica en sus archivos, examina papeles...

Ilmos. Señores Académicos, señoras, señores:

Han transcurrido noventa y tres años desde que en una de sus juntas esta Real Academia tomó el acuerdo de dar posesión a sus individuos de número en solemne acto y con la lectura de un discurso de ingreso. A partir de aquel entonces la secular Institución ha celebrado con singular esplendor la recepción de sus miembros numerarios, una vez, la mayoría, sin romper los moldes del clasicismo de la época de su fundación, y otras castizamente dejando pasar a su lado la musa popular entre repiques de castañuelas y rasgueos de guitarra, como en cierta ocasión dejó nuestro Director.

Hoy la Academia acaba de recibir a don Antonio Marín Gómez con un tema erudito, académico, de los que desde su juventud le han seducido con irresistible fuerza y a los que ha dedicado y dedica todas las horas que le dejan libres sus ocupaciones profesionales.

Al cumplir, honroso, el encargo que me ha sido confiado, dando la bienvenida al nuevo compañero y contestando al discurso con que acaba de iniciar sus tareas académicas como numerario, pues como correspondiente ha sido un caso pocas veces dado en los anales de la Corporación por su asistencia a las sesiones, viviendo fuera de la ciudad, especiales circunstancias me impulsan a separarme de la costumbre generalmente seguida en estos actos de justificar pomposamente la elección del adepto, haciendo motivo de júbilo la oportunidad de reseñar sus méritos.

No obstante, sería traicionar mi propia convicción si no dedicara siquiera unos instantes a recordar algo de su vida. Don Antonio Marín es licenciado en Medicina por la Facultad de Madrid, en la que obtiene posteriormente el doctorado. En centros de reputado renombre de la capital

de la nación y bajo la dirección de los doctores Madinaveitia, Marañón y Sarachaga, efectúa cursos de perfeccionamiento que más tarde le llevarían a ocupar cargos directivos en hospitales y dispensarios, en todos los cuales deja huella de su recta conciencia profesional. Dentro del campo de su actividad médica, publica diferentes trabajos entre los que se encuentran «La endemia melitocócica en Bujalance», «Cuatro casos de tétanos neonatorum», «Nuevos focos de tifus recurrente en las zonas de La Carlota y Fuencubierta» y «Nocividad del alcohol en la adolescencia». Tales estudios y comunicaciones clínicas le valen su ingreso en la Academia de Ciencias Médicas de nuestra ciudad.

El ejercicio de su profesión le lleva a Bujalance; esto sería decisivo en su vida. La ciudad le atrae con irresistible fuerza; su historia le cautiva; sus hijos ilustres llaman poderosamente su atención y desde entonces se dedica con verdadero afán a estudiar todos los aspectos del pasado esplendoroso de la ciudad madre de tantos ingenios que la enaltecieron y glorificaron.

El señor Marín Gómez, por el cariño a Bujalance, indaga en sus archivos, examina papeles y documentos y estudia los rastros que dejaron en su suelo las dominaciones sucesivas de romanos, visigodos y árabes, siguiéndolos en el período de la Reconquista, y las constituciones de los reyes de Castilla y León, que dan como fruto los trabajos «Bujalance y los Reyes Católicos», «El escudo de Bujalance», «San Fernando y el castillo de Bujalance», o bien los que son producto de una búsqueda paciente por vocación manifiesta como el «De los privilegios de Bujalance» y «El Carmelo en Bujalance», o aquellos otros inéditos en que dará a conocer los escritos e historiadores bujalanceños. La historia es análisis y deducción. Así pues, al considerar esta lista aunque incompleta de los trabajos del señor Marín Gómez, ha prestado a Bujalance tan valioso concurso cual es el de la divulgación histórica, enriqueciendo con ellos la biografía de la ciudad. Y no podía ser de otra manera, porque nadie mejor que él está informado de que en la biografía y en los sitios históricos está condensada la mayor parte de la historia de todo lugar.

El discurso que acabáis de oír es una prueba evidente de su dedicación al servicio del estudio. La personalidad de don Diego de Torquemada es considerada con toda amplitud para hacer resaltar el hecho de su delación perpetrada en la recta vida y limpio proceder del prelado tudense que desde la ubérrima campiña cordobesa arriba a regir en la bella Galicia la diócesis que ya siglos antes se había entroncado a la de Córdoba en la persona del santo mártir Pelagio, que desde la lejana Tuy viene a la ciudad califal víctima de cruel proceder a hacer ofrenda de su vida pura e inocente en aras de la fe que profesaba, a orillas del legendario Guadalquivir, que al correr de los tiempos arrullaría los muros del centro formador de futuros sacerdotes puesto bajo su nombre y patrocini-

nio, como asimismo lo es la capilla fundada en nuestra catedral por el canónigo Lupericio González de Moriz, en el muro coral de la Espístola, donde nos es dado admirar el bello lienzo de Antonio del Castillo en que aparece el santo niño en actitud serena y digna ante el califa Abderramán III. ¡Cuántas y cuántas veces en nuestro paso diario ante ella hemos recordado al ilustre obispo bujalanceño, y cuántas también hemos considerado la conducta de los hombres en todos los tiempos!.

En el gobierno de la diócesis que le es encomendada al ilustre comprovinciano da muestras inequívocas de su estimación por el bien de la grey que la Divina Providencia ha puesto en sus manos y que explican el lugar preferente que llegó a alcanzar entre los insignes prelados de toda España. Si Tuy sabe de esto y de su munificencia en obras realizadas en su catedral, su ciudad natal no queda a la zaga de su mecenazgo, pues cuando en 1572 vuelve por Bujalance en circunstancias bien tristes, hace la erección del retablo mayor de la parroquial de la Asunción, sin duda uno de los mejores de cuantos hoy se conservan en la diócesis cordobesa. De impresionante grandiosidad, su traza, tallado y pintura son otras tantas muestras de la maestría de los artistas de la época. Comienza su construcción en 1573, con arreglo a la planta hecha por Juan de Ochoa, arquitecto de las obras de la catedral, interviniendo en su construcción el entallador Guillermo de Orta y el escultor Francisco Fernández. Las vicisitudes de la vida de don Diego de Torquemada son causa de que la terminación de tan grandiosa obra no se llevara a efecto hasta años después de su muerte, y así tenemos como en 1589 el pintor montillano Baltasar del Aguila que en su principio tomó a su cargo la pintura de los lienzos, la traspasara a Leonardo Enríquez de Navarra que tampoco pudo concluirla por haberle sorprendido la muerte, y así se fue dilatando hasta que en 1601 el pintor Alonso de Torres acabó de pintar, dorar y estofar el famoso retablo. En él pueden verse el escudo de don Diego y el del Obispo de Córdoba Fray Bernardo de Fresneda.

A nadie puede parecer este recuerdo ajeno al personaje tratado por el beneficiario, porque el culto católico ha sido en todas partes, y en nuestra patria singularmente, propagador y remunerador generoso de las artes, porque éstas a su vez, con sus obras, le han tributado esplendor y grandeza.

Con nuevo y esplendente brillo don Antonio Marín nos ofrece este trabajo en que ha dejado un latido de emoción. Con prosa enjuta y precisa y una gran amenidad, nos da una sensación de serenidad, lo que ya es un premio en estos tiempos turbulentos.

El trabajo, como habréis podido comprobar, está todo él perfectamente delimitado en sus partes, todas aderezadas con un lenguaje limpio y sugestivo y narrado con erudición y donaire.

El señor Marín ha penetrado, con especial privilegio, en esas cosas

delicadas del personaje tratado. Todo está narrado con respeto y objetividad, lo que nos lleva a ver aparecer como un mundo maravillosamente inédito este aspecto de la delación del bujalanceño ilustre y prelado insigne.

De idéntica manera que nos ha deleitado con este estudio, en mi humilde concepto pudiera haberlo hecho de otros hijos preeminentes de la ciudad prócer, y así hubiera sido altamente sugestivo el que pudiera haber ofrecido sobre Antón de Olalla que en el siglo XVI ocupó el cargo de Teniente y Justicia Mayor en Bogotá; de Diego de Mora, militar y pintor, que en la misma centuria tomó parte con Francisco Pizarro en la conquista del Perú, y al que se considera autor del retrato de Atahualpa que existe en Cajamarca; de Lucas García de Miranda que en el XVII fue obispo de Santa Marta en Colombia; de los entalladores y escultores del siglo XVIII Miguel Bocanegra, Lucas Cobaleras y Miguel Cantarero que a la vez fue arquitecto, o del virrey de Méjico en el XIX don Francisco Javier Venegas, que asistió a la batalla de Bailén como Coronel de las Milicias de Bujalance, por no hacer interminable la enumeración de ellos, de los que el cronista de la ciudad daría más sorprendentes y brillantes pinceladas que nosotros.

La historia de Bujalance, que en preparación tiene el nuevo compañero, nos dará en su día ocasión propicia para conocer con todo detalle sus hechos gloriosos y la nómina realmente espléndida de sus hijos ilustres, cuyo conjunto unido a la descripción de sus bellezas naturales formará un marco de envidiable contenido, en el que se nos presentará un oasis donde el espíritu se recree en su contemplación, porque de lo contrario sería ser insensible a toda emoción. Bujalance constituye uno de los ornatos más destacados de la provincia cordobesa, que si enorgullece a sus hijos no menos honor da a la capitalidad que engarza en la corona de la Córdoba inmortal este rico florón que es esta ciudad en la que parece que un misterioso torrente impetuoso hubiera inundado sus fértiles y ubérrimas tierras, que brotan en floración espléndida cantando un himno de júbilo en honor del Creador.

Al recibir al nuevo Académico, el fraternal abrazo de compañero que desde aquí le envió, cierto estoy que habrá de servirle para seguir con la perseverancia que le distingue en el estudio y en acompañarnos en promover y difundir la buena doctrina que constituye el fin principal de esta Real Academia.

Para terminar, y después de expresaros mi gratitud por la paciencia que habéis tenido al escucharme, diré con Herrera

«Estoy pensando en medio de mi engaño

El error de mi tiempo mal perdido

Y cuán poco me ofendo de mi daño».